

1932 -

103

6241

Las Señales de los Tiempos



3



Más que nunca, domina el egoísmo en el mundo. Se codician los bienes materiales de este mundo y se cometen toda clase de atropellos para poseerlos. Esta actitud egoísta provocará el naufragio de nuestra civilización.
Léase el artículo: *El ocaso de la civilización actual.*

Precio: 30 céntimos.

La obra caritativa que hacen los Adventistas del Séptimo Día

Desde hace muchos años, los Adventistas del Séptimo Día hacen una obra muy humanitaria en sus sanatorios y dispensarios establecidos en todo el mundo, ocupándose particularmente de los enfermos pobres. Un ejército de enfermeras, profesionales, y otras con suficiente preparación para el caso, han demostrado siempre la mejor voluntad y el mayor deseo de responder al llamamiento de la necesidad, entrando en los hogares en donde hay pobreza y enfermedad, para llevar allí alivio en la enfermedad y los sufrimientos. Alimentos, combustibles y prendas de vestir han sido distribuidos cada año a millares de pobres por las organizaciones que la iglesia tiene para tal actividad.

Se ha dado un lugar preeminente a la obra en favor de la juventud para que abandone sus vicios. Se estableció un asilo de muchachas en Chicago, en donde, durante veinticinco años ya, vienen recibiendo simpatía cristiana y ayuda médica muchas mujeres jóvenes. Centenares de ellas salieron de este asilo con la determinación de vivir una vida honrada y respetable.

Los Adventistas del Séptimo Día se ocupan también de los presos en las cárceles. Tienen una revista especial publicada con el fin de llevar el mensaje del evangelio al interior de las cárceles, y como resultado de este trabajo, las vidas de muchos presos han sido transformadas. Esta revista mensual que se titula *The Life Boat* (bote salvavidas) es verdaderamente un bote salvavidas para salvar a la naufragada humanidad.

Otra revista destinada a desgraciados es *The Christian Record* (Informe Cristiano), impreso con tipo Braille para los ciegos, y de esta forma mucha literatura cristiana llega a las manos de ciegos. Pero la administración de esta revista se ocupa también de otros aspectos de obra caritativa. Durante el invierno de 1930 a 1931, mandó ropa por valor de millares de dólares a los ciegos pobres.

Hace años que se prosiguen tales actividades. Pero, la actual crisis ha proporcionado nuevas ocasiones de responder a las mayores y más urgentes necesidades de tantos que no pueden ganar el pan de cada día. Y así, al principio de 1931, se organizaron pequeñas sociedades de beneficencia en cada una de las 2.400 iglesias adventistas de los Estados Unidos, las cuales habían de colaborar con las organizaciones oficiales de la misma índole. Se pusieron al trabajo, y pronto su actividad llegó a proporciones tales que el público hizo los más favorables comentarios en cuanto a ello.

Estas sociedades distribuyeron ya, y siguen haciéndolo, mucha ropa, y en varios lugares, establecieron comedores en donde por algunos céntimos, se dan comidas. Hombres de negocios dieron gratuitamente provisiones para que se pudieran dar comidas a tan bajo precio.

La obra caritativa que hacen los Adventistas en los Estados Unidos es sólo una pequeña parte de ta-

las actividades en el mundo entero. En Alemania, por ejemplo, la obra caritativa de los Adventistas es tan bien organizada y dirigida que el Gobierno la ha reconocido oficialmente, y depende mucho de ella en la obra de beneficencia que se prosigue en dicha nación. En Austria, Hungría y Checoslovaquia, y otros países en donde hay mucha miseria, los Adventistas hacen todos los esfuerzos posibles para socorrer a los que lo necesitan.

Por este ministerio caritativo que se extiende siempre más, los Adventistas del Séptimo Día dan al público una interpretación del Evangelio de paz y de buena voluntad hacia los hombres, y comprenden más que nunca la realidad de esta notable declaración hecha por un escritor: "El capítulo cincuenta y ocho del profeta Isaías es una prescripción para enfermedades del cuerpo y del alma. Si deseamos tener salud y el verdadero gozo de la vida, debemos seguir las reglas dadas en este texto".

El lugar que la iglesia de Cristo debe ocupar en este mundo lleno de necesidad está bien expuesto por un ministro del evangelio:

"Hay quienes piensan que la iglesia es una galería en donde van a mostrarse las personas que valen más que sus vecinos. No lo considero así. Cerca de mi casa hay varios talleres para arreglar automóviles. Estos lugares me hablan en parábolas. Hay arena en los cojinetes, hay dificultades sin fin con los neumáticos, la dirección, el motor, etc. Muchos automóviles han sido empleados sin cuidado. El descuido, la negligencia, la ignorancia, la obstinación y el mucho trabajo, echan a perder a muchos hombres y máquinas. La iglesia es un gran taller de reparaciones. El Redentor vino para salvar al quebrantado de espíritu y contrito de corazón. Las dificultades, la pobreza, el pecado y los sufrimientos, llevan a los hombres al taller de reparaciones. Vienen a Cristo, y El los restaura. Habían sido formados, El los reforma; habían nacido, nacen ahora de nuevo. Para esto vino el gran Maestro Mecánico al mundo."

Cristo mandó a sus discípulos que hiciesen la misma obra que El hacía. Estableció a la iglesia como un puesto de servicio cristiano, y El espera de sus obreros que estén siempre listos para responder a un llamamiento que les puedan mandar los desgraciados y naufragados en el camino de la vida.

Los principios que están a la base de la obra caritativa que hacen los Adventistas del Séptimo Día, quedan expresados en las siguientes declaraciones hechas por el autor del libro "Sanidad Moral y Física", un manual sobre el servicio cristiano:

"La verdadera caridad ayuda a los hombres a ayudarse a sí mismos."

"La verdadera beneficencia es algo más que mera limosna. Entraña también verdadero interés por el bienestar de los demás."

"Deberíamos comprender las necesidades de los pobres y los apurados, y prestarles provechosa asistencia."

"El prestar atención, tiempo y esfuerzos personales es la verdadera caridad, aunque cuesta mucho más que dar dinero."

E. F. HACKMAN.

Redactor:
R. GERBER

Administración:
Covarrubias, 28
Teléfono 31155
MADRID

LAS SEÑALES DE LOS TIEMPOS

REVISTA MENSUAL

PRECIOS

	Ptas.
Número suelto . . .	0,30
Suscripción anual en	
España . . .	3,50
En el extranjero . . .	4 oro

AÑO 1932

MADRID

NÚM 3

El ocaso de la civilización actual.

por Roberto Gerber

Vivimos en un siglo de maravillas. Grandes e innumerables inventos han cambiado por completo la manera de vivir en los países civilizados y van penetrando en los pueblos atrasados, transformando también considerablemente sus costumbres. Esta honda transformación del mundo, que gradualmente se hizo desde principios del siglo pasado, había de traer a la humanidad más felicidad por las nuevas comodidades que le proporcionaba. Con menos trabajo habían de tener hombres y mujeres más bienestar material y cultura espiritual.

Se pensaba, por tanto, que la actual civilización traería al mundo un estado permanente de abundancia material y de paz y contentamiento moral y espiritual.

No faltaban idealistas para declarar, con entusiastas palabras, que había llegado ya el glorioso milenio como preludio del eterno reino de la perfección absoluta. Los filósofos disertaban sobre los progresos morales del hombre, afirmando que el pecado no existía, que los seres humanos eran buenos y que se perfeccionaban siempre más; que el amor dominaría pronto en todas partes, en una universal y cordial igualdad y fraternidad de los pueblos de la tierra.

Todo esto se decía al principio del siglo XX, y los hombres de negocios, los estadistas y los conductores religiosos del mundo unían su canto al de los filósofos para glorificar la civilización y sus sabrosos y perennes frutos.

Pero se oscureció el horizonte. Negros nubarrones cubrieron poco a poco el cielo. De repente se desencadenó la horrenda tempestad en julio de 1914, precipitando al mundo en la más horrible guerra de todos los siglos. ¿Qué quedaba del fantástico sue-



Todavía hay muchos que por necesidad pasan las noches a la intemperie. No ha sabido corregir esto nuestra civilización

ño anunciador de una eterna era de paz y de felicidad? Durante cuatro largos años, los hombres se mataron por millones, transformando al mundo en un matadero y un cementerio. Tampoco pudo detener la ciencia la ola homicida de la gripe que, en 1918, añadió otras tantas víctimas a las innumerables de la guerra. Tales fueron los frutos de la tan mentada civilización moderna.

Se terminó la guerra en 1918. Un universal grito de alegría saludó la firma del armisticio. Ahora ya no habrá más guerra. Esta guerra ha matado la guerra para siempre. Estas y otras cosas se decían, y la gran mayoría de las gentes tenían el loable y sincero deseo de que no hubiese más guerras. Los estadistas se esforzaron en elaborar un tratado de paz que diese satisfacción a todos; pero, al fin, nadie quedó satisfecho. El peligro de nuevas guerras subsistió, y en realidad ha habido muchas guerras desde entonces, y en la actualidad hay un grave conflicto armado en el lejano Oriente.

Sin embargo, los pueblos afectados por la guerra procedieron rápidamente a la reconstrucción de las regiones devastadas y se pusieron al trabajo para restablecer su vida económica. Una era de gran prosperidad material caracterizó estos años de reconstrucción. Había abundancia en todas partes, y los profetas anunciadores de una era próxima de universal felicidad, como optimistas incorregibles, ya

creyeron llegada la hora de la realización de su sueño.

Pero de repente se vió el mundo sumido en la más espantosa crisis económica, y en medio de ella estamos ahora. La situación, en vez de mejorar, parece ir de mal en peor. Por tanto, estamos muy lejos de la realización de aquel sueño dorado de los utopistas. La realidad actual nos obliga más bien a declarar que ha fracasado la civilización y que la edad de oro que se esperaba en plazo tan breve no se implantará en nuestra generación.

Muchos pensadores quedan perplejos al considerar la situación actual y opinan también que la civilización está en grave peligro. Un conocido abogado de Nueva York, Raymond B. Fosdick, escribió lo siguiente en *The New York Times* del 27 de diciembre de 1931:

"Una parálisis, que estamos incapaces de diagnosticar debidamente, se ha apoderado de nuestra civilización. En un mundo que está hinchado de bienes y que tiene una capacidad ilimitada de producirlos, han surgido la angustia y la miseria como fantasmas en medio de la fiesta. Tenemos hambre en medio de la abundancia. Estamos sin trabajo en presencia de una necesidad como nunca antes de artículos que contribuyan a nuestro bienestar. Carecemos de los productos mismos que nuestras fábricas están tan deseosas de proporcionarnos..."

"La civilización occidental empieza a mirar furtivamente alrededor suyo, escuchando los silenciosos pasos de algún espantoso espectro de destrucción. Ve los mutilados restos de otras civilizaciones que se extendieron desde el alba de la historia hasta la civilización actual—civilizaciones que aspiraban a la inmortalidad y que, sin embargo, dejaron de ser... El mensaje que nos trae la historia es que no hay nada que sea permanente. Tarde o temprano llega a todas las instituciones humanas la última llamada a la puerta.

"Esta es la pesadilla que agita nuestro sueño al fin del desgraciado año 1931. ¿Se ha complicado tanto nuestra civilización industrial que ningún cerebro humano la pueda dominar? ¿Hay bastante inteligencia en el mundo para encontrar una salida de esta selva de maquinaria y de fuerzas sin domar? Aun si hubiera alguna inteligencia superior en cuya dirección pudiéramos confiar, ¿consentiríamos en seguirla? Distraídos por muchos consejos, ahogados por los muchos problemas de la vida, cargados por un montón de hechos, ¿rehusaremos, finalmente, toda dirección para perecer en la selva que nuestras máquinas formaron?"

Un autor español, Emilio Zurano, escribió el año pasado un libro titulado: *El abismo de esta civilización*, demostrando así que él también cree en el fracaso de nuestra civilización.

¿Cuál es la causa de tan grave situación? ¿Por qué está la presente civilización a punto de perecer?

En el título mismo del libro de Zurano, el autor indica cuál es la causa, a su modo de ver: "El abismo de esta civilización lo están abriendo los egoísmos de los de arriba y el odio desenfrenado de los de abajo."

Por tanto, los egoísmos parecen ser los responsables de la lamentable situación actual. Ellos amenazan la presente civilización y preparan su destrucción.

En su libro, Emilio Zurano analiza detalladamente la situación nacional e internacional entre los de arriba y los de abajo, y demuestra que entre todos impera el egoísmo. En cuanto al alcance internacional de este egoísmo, dice lo siguiente en la página 211:

"La vida internacional, formada por egoísmos, en lo que cada pueblo pide solamente lo que a ella conviene, está en completo desacuerdo con el bien común y lo hace imposible con ello. Seguramente, del concierto internacional no vendrá la paz; tampoco puede venir de las luchas sociales; para que así fuera sería preciso que se uniesen en un solo deseo y en el bien común de todos. Esto, tan elemental y sencillo, que todos reconocen como base positiva de una solución fija para llegar al bien perseguido, ninguno ni nadie lo acata. Todos los intentos presentados en conferencias y en Congresos internacionales no van a ellos un solo representante que no lleve un interés o una conveniencia particular; pero ninguno el desprendimiento que todos deberían ambicionar para llegar al bien común que debería presidir tales reuniones. Allí concurren las ambiciones y los egoísmos particulares falazmente presentados para conseguirlos. Ninguno aspira a querer para los demás lo que apetece para sí. Todos quieren su autonomía, motivo fundamental de la diversidad, que es totalmente opuesta a la unidad jurídica y moral de la humanidad civilizada."

Esta situación internacional es producida por los egoísmos nacionales. El egoísmo engendra la desconfianza, y por desconfianza cada nación mantiene grandes ejércitos y poderosos armamentos. Zurano habla también de este aspecto y dice lo siguiente en su libro:

"Actualmente, en esta decantada civilización, los enormes tributos que pesan sobre los pueblos para crear y sostener costosísimas escuadras, poderosos ejércitos y recursos bélicos, los depauperan y empobrecen, obligándolos a lanzar al mercado los recursos de su vivir, con que podrían apaciguar sus miserias, que aquel mismo capital, beneficiado con los resultados de las guerras, acapara y recoge, quedando el ciudadano en una situación tan precaria como aquel plebeyo romano que caía en la esclavitud. Tal es la semejanza. La literatura romana presenta en este orden escenas aflictivas de aquellos mercados de miserias, idénticas a las que hoy, de una manera más velada, afligen al mundo. He aquí una de las mayores causas de la inquietud universal." (Pág. 196.)

Siendo las guerras una abundante fuente de ganancia para los industriales, acaparadores y usureros, muchos, guiados por sus egoísmos, hacen lo que pueden para alentar el espíritu de guerra. Por eso hay muchos que piensan con Zurano que "estamos a las puertas de una hecatombe universal".

"Los egoísmos de los de arriba." Se trata de los

capitalistas. Es cierto que lo caracteriza el egoísmo. El capitalismo constituye hoy una formidable máquina, una fortaleza inexpugnable que ejerce una influencia universal a la cual no es fácil resistir. Impone el tipo de los sueldos, de los precios de las mercancías, de los cambios, etc., etc. Y, claro está, procura siempre hacerlo con beneficio suyo. Y hoy día, con la organización de los negocios y de la banca, una orden telegráfica de uno de estos magnates puede perturbar la vida de un continente o del mundo entero. Bien lo dice Zurano en las siguientes palabras:

"La vida y el sosiego del mundo está en las manos de esos financieros que, con guante blanco, roban y destruyen muy legalmente los medios más precisos para vivir. La industria, el comercio y los recursos todos de la Naturaleza los tienen de tal modo acaparados, que jamás, ni los mayores ejércitos de poderosos imperios, pudieron gravitar sobre la libertad humana como la tienen enfrenada hoy los tiranos adinerados. El precio de la vida humana está en sus manos; ellos, con sus egoísmos, son el mayor peligro para la paz del mundo. En sus despachos se fraguan las guerras, allí se acuerdan los impuestos para el artificio bélico y allí se acuerda, manda y dispone cómo se ha de preparar la conciencia pública como factor coadyuvante a sus planes, de tan hábiles maneras, que resulte inclinada y fuertemente dispuesta a pedir lo que al negociante conviene y pretende." (Pág. 167.)

Para ejercer este poder increíble, el capitalismo ha favorecido la creación de monopolios, y es asombroso ver cómo, durante estos últimos años, se multiplicaron en muchas naciones, pero mayormente en los Estados Unidos, los casos de fusión de muchos grandes negocios en unos cuantos monopolios que ejercen un poder casi absoluto. Unos pocos hombres, al frente de los Consejos de Administración, dominan por completo la vida económica de los pueblos.

"Los de abajo" tienen también egoísmo, y éste les inspira "odio desenfrenado" contra "los de arriba". Aspiran a los privilegios que disfrutaban los capitalistas, y no rehuirán de la violencia para alcanzar sus fines. Hace ya mucho que existen estas luchas entre lo que llamamos el capital y el trabajo, y estas discordias, en vez de contribuir al establecimiento de la paz y buena armonía, preparan tiempos más difíciles. Zurano dice:

"En este punible desacuerdo, movidos por egoísmos y apasionados rencores, sólo conseguirán agrandar el peligro común para todos hasta llegar a la catástrofe que aniquile y destruya la presente civilización, para regresar a un período de mayores males." (Pág. 23.)

En resumidas cuentas, es el egoísmo de todos el causante de la inquietud actual. Este egoísmo lleva la civilización al abismo. "La miseria que en el mundo se padece la engendró el egoísmo de todos, que, buscando el paraíso, dieron con las puertas del infierno de otros más egoístas que ellos, que los aprisionaron en las redes de sus negocios. Nadie cul-

pe a nadie. Todos somos reos del delito, cuya sanción todos estamos redactando y abriéndonos la cárcel de nuestra propia desventura." (Zurano, página 270.)

¿Cuál es el remedio a esta situación? ¿Cómo puede impedirse la destrucción de nuestra civilización? ¿Cómo podemos esperar establecer una edad de oro que dé paz, satisfacción, equidad y felicidad a todos? Basta quitar la causa de los males y todo se arreglará. Puesto que el egoísmo es la causa, es preciso hacerlo desaparecer. Pero en esto está la dificultad. El egoísmo está muy arraigado en el corazón humano, y el hombre no tiene medio de quitarlo. Es necesaria la influencia del evangelio de Jesucristo para desarraigar el egoísmo de los corazones y poner en su lugar el amor. Así lo reconoce Zurano, y dice lo siguiente:

"Ama a tu prójimo como a ti mismo es una manera justa de dar fin al egoísmo y de acabar con las desigualdades irritantes que tienen con las armas levantadas para conseguir los unos lo mismo que le niegan a los otros en una lucha a muerte. El amor edifica y crea; el odio y el egoísmo, destruyen." (Págs. 208, 209.)

"Sólo el humilde Jesús, el hijo de la costurera María y del carpintero José, de Nazareth, dió las armas de la paz: "Amaos como hermanos." "Perdona a tus enemigos." "Pide a Dios por los que te ofenden." "Ama a tu prójimo como a ti mismo." "No quieras para otro lo que no quieras para ti." "Caerán las pirámides de Egipto, se hundirán las maravillas edificadas por los hombres; pero esos principios son eternos y cada día más precisos y necesarios para la paz del mundo." (Págs. 246, 247.)

¿Aceptarán la humanidad esta solución? No lo creemos, y por eso quedará destruida esta civilización como las que la precedieron. Y será una destrucción más completa, más fundamental, pues entrañará la destrucción de este mundo con todo lo que contiene. Las Sagradas Escrituras anuncian esta catástrofe universal en las siguientes palabras:

"Mas el día del Señor vendrá como ladrón en la noche, en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella están serán quemadas." (2 Pedro, 3:10.)

Dios establecerá un mundo nuevo sobre las ruinas del actual y de nuestra civilización. "Esperamos cielos nuevos y tierra nueva, según sus promesas, en los cuales mora la justicia." (2 Pedro, 3:13.) Se establecerá entonces la verdadera edad de oro, sin egoísmos, sin odios. Todos serán iguales, pues allí morará la justicia.

Pero para poder estar allí en este ambiente de justicia y de amor es preciso que estos principios penetren desde ahora en nuestros corazones. No esperemos a mañana para buscar al Señor, para acercarnos a Jesús y solicitar de él que perdone nuestro egoísmo y nuestro odio, que desarraigue estos males de nuestra vida y que derrame en nuestros corazones su justicia y su amor, que nos prepararán para ser súbditos de su eterno reino.

El espejismo del Desarme

por Salvador M. Iserte

¡La paz! ¡El desarme! ¿Quién no piensa hoy en estas cosas? ¿Quién no grita: ¡guerra a la guerra!

También se pensaba en la paz en 1913 y 1914. En marzo de 1913 una revista inglesa encabezaba un grabado de maniobras de la infantería alemana con las siguientes palabras: "Una fuerza siempre creciente guardiana de la paz: el ejército alemán".

Esto no necesita comentario. No hay nadie que no vea en los armamentos el espejismo de la paz.

Y, sin embargo, hoy se nos habla de un "ejército internacional". ¿Véis la semejanza? Reconocemos la buena voluntad y el talento de los pacifistas reunidos en la Ciudad de la Paz. Nosotros también amamos la paz y trabajamos para llegar a ella. Pero la buena voluntad de los pocos o de los muchos no basta. Es necesaria la cooperación de todos. Y esto es lo que falta. Por lo tanto, no nos dejemos engañar por el espejismo del desarme, porque es un espejismo y nada más.

Hiram Maxim, el inventor de la ametralladora, aseguró que su invento acabaría la guerra. ¿La acabó o la hizo más mortífera? Las armas no pueden conducirnos más que a la guerra.

Además, Estados Unidos y Rusia no forman parte de la Sociedad de Naciones. ¿Entrarán en ella? ¿Quién puede afirmarlo? Por de pronto, Rusia, por boca de su representante en la Conferencia del Desarme, Litvinof, no quiere una fuerza internacional. Quedando fuera alguna nación se podrían siempre formar dos bandos: uno el de las naciones aliadas en la Sociedad y el otro el del poder, o de los poderes, ajenos a ella. Y estando las armas a la mano, la guerra sería inevitable.

Supongamos, aun concediendo mucho, que todas las naciones formasen parte de la Liga. ¿Quién nos garantiza que tan variados miembros, de tantas nacionalidades, razas, colores y temperamentos estuviesen siempre de acuerdo? Y si, en su mismo seno, los poderes más fuertes o más numerosos se uniesen entre sí, ¿qué harían los débiles? El espíritu del hombre retrocede ante el pensamiento de un comité armado colosalmente con fantásticos elementos de destrucción, que podría constituir el mayor peligro para una parte de la humanidad. Siendo superior a todo, ese superestado podría volverse contra sus mismos creadores. Los hombres no son infalibles para regir con justicia todo el mundo, y especialmente si esta autoridad recae en un puñado de mortales.

Nos encontraríamos, pues, peor que en la actualidad o, por lo menos, lo mismo. ¿No están cobijados bajo las suaves alas de la blanca paloma de la



El canciller alemán Brüning, que expuso en Ginebra la tesis alemana en cuanto al desarme,

paz China y Japón? ¿No son ambos de raza amarilla? ¿No son, además, vecinos? ¿De qué ha servido todo ello si llevan cinco meses asesinándose? ¿No mató Caín a Abel y era su hermano? ¿Se evita la guerra entre dos pueblos por ser éstos hermanos, por hablar una misma lengua o porque sus nombres figuren juntos en los registros de una sociedad? Ciertamente que no. Un buen día (un mal día, mejor), si tienen a su disposición cañones, aeroplanos y navíos de guerra (aunque éstos fuesen internacionales, porque en algún sitio han de estar los armamentos que no pueden guardarse en el palacio de la S. de N.), no dejarán de matarse. Las naciones unidas aplastaron a Alemania, pero ¿salió alguna ganando? Las naciones coaligadas pueden hundir al Japón en el Pacífico (mejor le llamaríamos ahora el Océano Bético), pero ¿quién saldrá ganando? Nadie. Todos perderán. Perderán más de lo que se imaginan. Porque una vez lanzados, ¿quién los detendrá? Lo mismo pasaría el día de mañana cuando las naciones juntas luchasen contra algún poder extraño.

La verdad es que las naciones no se preparan para hacer sus fuerzas internacionales. Desde la Guerra Europea las naciones se han armado más, mucho más. Francia fortalece sus medios militares. No ha perdido el miedo al poder alemán. Por su parte, Alemania misma, no se ha desarmado. Si bien su máquina de guerra no está montada, puede montarse en pocos meses. Todas sus piezas están clasificadas y guardadas para el momento oportuno. Italia prepara para la guerra más de un millón de jóvenes. Rusia mantiene el ejército más poderoso que han visto los siglos, pudiendo lanzar, de repente, sobre sus fronteras, tres millones de soldados. Federico Eccard, senador francés, afirma:

"Al pie de los Montes Urales, en las vertientes europea y siberiana, escondidas a toda mirada y a todo posible ataque aéreo, trabajan día y noche varias fábricas, unidas al plan quinquenal, produciendo aviones, cañones, ametralladoras, municiones, fusiles, explosivos y gases." (Citado de la *Revue des Deux Mondes* y la *Revue politique et parlementaire*, por Dionisio Pérez en *La Voz de Galicia*, 13-2-32.)

El desarme en nuestra Europa y en nuestro mundo, saturado de armas y de odios, es imposible. Los pueblos piensan en él como el viajero fatigado en su marcha a través del desierto piensa en el agua que calme su sed, y la ve por el espejismo. Pero no es lo mismo verla que beberla. Muchas veces muere antes de poder beberla. El mundo está en situación semejante.

Pero contra toda realidad dejémonos ilusionar un momento por este espejismo. Supongamos que la Liga disminuyese gradualmente los armamentos internacionales. Concedamos más aún de lo que pretenden los visionarios, de un milenario terrenal de paz. Supongamos que se llegasen a suprimir todos los barcos de guerra, los submarinos, los cañones, los gases y demás artefactos infernales. Supongamos todo esto que ya es demasiado suponer. La utopía del desarme se habrá realizado. Y entonces, ¿qué? ¿Se habrían acabado las guerras?

Los pueblos antiguos no poseían prácticamente nada de lo que hoy disponemos en máquinas bélicas. A pesar de ello se hacían la guerra. ¿Cómo hacían la guerra? Tenían espadas, tenían piedras, tenían flechas... y tenían egoísmo y odio. ¿Y no hay hoy o seguirá habiendo en la humanidad, tal como existe hoy, espadas, piedras, pistolas... y ambición y odio? Y mientras no se extinga esto no habrá paz en el mundo. No; no habrá paz verdadera. Porque la guerra no existe porque hay cañones, bombas y submarinos. Estos existen porque hay guerra. Y hay guerra porque el corazón del hombre ambicioso, porque el corazón del hombre odia.

Los hombres, a pesar de los maravillosos adelantos materiales de que se enorgullecen, no han cambiado su corazón, siendo lo más importante, porque de él mana la vida. Siguen espiritualmente sin progresar; más bien han degenerado. De otra manera, nuestros ojos no hubieran visto lo que han visto en la última guerra, en la presente y lo que se prepara para la inmediata futura. El hombre habrá domado algunas fuerzas de la naturaleza, pero no ha dominado su rapacidad. Tal vez entre lobos se cumpla el refrán: "Lobo a lobo no se muerde"; pero en llegando al hombre deja de ser cierto de tal forma, que ni se merece, muchas veces, el título de "homo hominis lupus", que un filósofo le diera. La humanidad, dejada a sí misma, se matará mientras queden hombres en la tierra aunque no dispongan de las armas actuales, porque habrá un Caín y un Abel, o mejor, un Caín luchando contra otro Caín.

Y todo esto es así, porque la causa de las guerras es más profunda de lo que generalmente se cree. El

gran Maestro, conocedor profundo de la humana naturaleza, lo dijo. Escuchémosle:

"De dentro del corazón de los hombres, proceden los malos pensamientos... los homicidios, los hurtos, las codicias, las maldades... todas estas cosas de dentro proceden, y ellas contaminan al hombre" (San Marcos, c. 7, v. 21-23).

Y Santiago, el apóstol, añadirá:

"¿De dónde vienen las guerras y de dónde las contiendas entre vosotros? ¿No vienen de aquí, a saber, de vuestras pasiones, las cuales guerrear en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y tenéis envidia, y no podéis conseguir; peleáis y guerreáis" (c. 4, v. 1 y 2).

Mientras el corazón del hombre no se desarme de su ambición y de su odio, no habrá paz en la Tierra.

Pero la Sociedad de Naciones no puede desarmar el corazón humano. ¿Quién puede hacerlo? Sólo Cristo. Cristo el manso y humilde; Cristo el pacífico y el bueno, viviendo en nuestros corazones. Entonces hay paz, y solamente entonces.

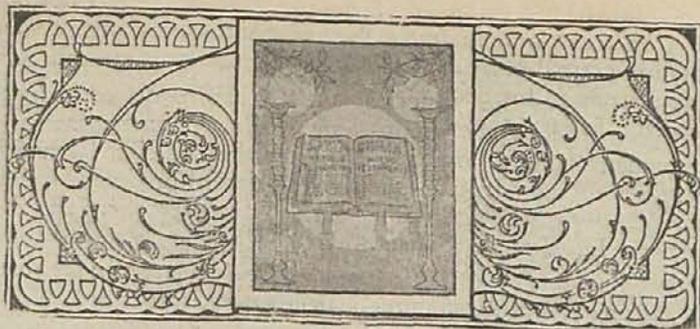
Pronto vendrá el Mesías por segunda y última vez y establecerá el reino de la paz universal. Lo que sucede ante nuestros ojos extasiados, es el aldabonazo de su venida gloriosa; ¡y qué aldabonazo! Ya lo profetizó la Sagrada Escritura hace diecinueve siglos:

"El día del Señor vendrá así como ladrón de noche que cuando dirán, Paz y seguridad (conferencias de desarme) entonces vendrá sobre ellos destrucción de repente (guerras y segunda venida de Cristo)." — (1.^a Tesalonicenses, c. 5, v. 2 y 3).

No desoigamos el potente aldabonazo que hemos oído a la puerta del mundo conmovido. Su ruido nos ha despertado. No durmamos. Veamos.



Monsieur Paul Doumer, presidente de la República francesa. Francia desempeña un papel importantísimo en la Conferencia del Desarme.



Toda la Biblia habla de Cristo. El Antiguo Testamento predijo su venida y el Nuevo relata el cumplimiento de las profecías del Antiguo.

La primera venida de Jesús hace diecinueve siglos

por Gualterio E. Hancock

La primera venida de Cristo fué un acontecimiento que había sido prometido y esperado muchos siglos antes. Finalmente vino Cristo. Su venida es el hecho que más se destaca en toda la historia. Su personalidad e influencia están inscritas en las páginas de toda la historia de la humanidad. Los hombres negaron y siguen negando la divinidad de Jesucristo, pero nadie niega seriamente el hecho de que Cristo haya vivido. Nadie puede ignorar su influencia y su poder en el mundo.

Cristo es el centro de la historia. Es el punto alrededor del cual se mueve la historia humana. El es como el cubo de la rueda. Todos los rayos de la historia humana se dirigen hacia él. Todos los círculos y revoluciones de la experiencia humana giran alrededor suyo, no importa cuál sea la distancia del centro.

Cristo responde a nuestras necesidades.

La primera venida de Cristo se esperaba desde mucho tiempo. Él vino en respuesta a la anhelante necesidad de la humanidad. Esta primera venida estaba deseada clara o vagamente por parte de todos los pueblos. Todas las tentativas de los hombres, no importa cuál fuera su enseñanza religiosa, para resolver el problema del mal, eran la expresión de su deseo que venga el Salvador prometido. Toda filosofía humana o cualquier plan en cuanto a la vida futura, era en cierto sentido una predicción o una expectación del que había de venir. Todas las formas de sacrificio expiatorio son tantos símbolos señalando al Cordero inmolado desde la fundación del mundo.

La Biblia es la única historia clara y distinta de la esperanza determinada y positiva dada al hombre. Contiene las únicas predicciones verídicas, y presenta los únicos verdaderos símbolos que enseñan claramente el significado de su misión como sacrificio expiatorio por el pecado. Revela con creciente claridad al Redentor que ha de venir, empeñando con promesas generales en símbolos, y revelando luego gradualmente toda su vida y obra hasta

que la esperanza se transforma en realidad, cumpliéndose la predicción.

Profecías de un Redentor.

En Génesis 3:15 es representado con la expresión "la simiente". Un poco más tarde, Abel manifestó su fe en el Redentor venidero por el sacrificio de un cordero sobre el altar. (Génesis 4:4.) Henoah, el séptimo desde Adán, profetizó aún la segunda venida del Rey. (Judas 14.) Después del diluvio, la promesa divina de misericordia y salvación al mundo fué anunciada a Noé en el arco iris. (Génesis 9:12-17.) A Abraham, Dios prometió que las naciones de la tierra recibirían su bendición por la posteridad de Abraham, y así profetizó la venida del prometido. (Génesis 12:2, 3.) Jacob predice su venida por la tribu de Judá: "No será quitado el cetro de Judá, y el legislador de entre sus pies, hasta que venga Shiloh; y a él se congregarán los pueblos." (Génesis 49:10.)

A Moisés, le fué dicho: "Profeta les suscitaré de en medio de sus hermanos, como tú." (Deuteronomio 18:18.) Balaam profetizó: "Saldrá Estrella de Jacob, y levantaráse cetro de Israel." (Números 24:17.) Job vió y conoció a su Redentor en su aflicción, y clamó: "Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo." (Job 19:25.) David, inspirado por Dios, escribió de aquel que había de venir con tanta seguridad que emplea casi siempre el tiempo presente: "Yo empero he puesto mi Rey sobre Sión, monte de mi santidad. Yo publicaré el decreto: Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy." (Salmo 2:6, 7.)

El salmista predice varios acontecimientos que se relacionan con la crucifixión y la muerte de Cristo, y estas predicciones no dan lugar a duda. "Horadaron mis manos y mis pies." "Partieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes." (Salmo 22:16, 18.) "El guarda todos sus huesos; ni uno de ellos será quebrantado." (Salmo 34:20.) Todas estas profecías se cumplieron literalmente. Sus manos y sus pies fueron taladrados cuando fué

clavado sobre la cruz. Con todo, ningún hueso de su cuerpo fué quebrantado, y esto a pesar de que los soldados rompieron las piernas de los dos ladrones que fueron crucificados con Jesús.

Isaías predice la venida de un Salvador.

Isaías, el profeta, habla muy claramente en cuanto al nacimiento del Hijo de Dios: "Por tanto el mismo Señor os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y parirá hijo, y llamará su nombre Emmanuel." "Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado; y el principado sobre su hombro; y llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán término, sobre el trono de David, y sobre su reino, disponiéndolo y confirmando en juicio y en justicia desde ahora para siempre". (Isaías 7:14; 9:6, 7.)

Isaías es sobre todo el profeta mesiánico. Nada sobrepasa, en lenguaje humano, la belleza y simplicidad de sus declaraciones proféticas cuando habla del Redentor que ha de venir, la viveza de sus predicciones es tal que es difícil darse cuenta que es la profecía y no la historia. Y sin embargo, él escribió



Cristo vino en respuesta a la anhelante necesidad del mundo.

seiscientos años antes del bautismo de Cristo. Consideremos por ejemplo el magnífico capítulo 53 de su profecía:

"Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fué menospreciado, y no lo estimamos... Mas él herido fué por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz sobre él; y por su llaga fuimos curados... Angustiado él, y afligido, no abrió su boca: como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca. De la cárcel y del juicio fué quitado... Y dispúsose con los impíos su sepultura, mas con los ricos fué en su muerte." (Versículos 3-9.)

Su trabajo queda fielmente descrito en el capítulo LXI: "El espíritu del Señor Jehová es sobre mí, porque me ungió Jehová; hame enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, etc."

Otros incidentes predichos.

Varios incidentes de la vida de Cristo están claramente predichos. El lugar de su nacimiento está claramente indicado. (Miqueas 5:2.) La matanza por parte de Herodes de los niños de Belén al tiempo del nacimiento de Cristo, fué predicha. (Jeremías 31:15.) La huida de José y María con Jesús a Egipto y luego su estancia en Nazareth se mencionaron en la profecía. (Oseas 11:1; Mateo 2:23.) Su entrada triunfal en Jerusalén, sentado sobre un asno fué también profetizada. (Zacarías 9:9.)

Daniel, en el capítulo 9 de su profecía, versículos 24-27, fija la fecha de la venida de Cristo. Contando desde el momento en que se dió el decreto de restaurar y edificar a Jerusalén, le fué dicho a Daniel que habría siete semanas y sesenta y dos semanas hasta el Mesías, el Príncipe. El decreto de Esdras 7 fué dado en 457 antes de Cristo. En el lenguaje simbólico de la profecía, un día representa un año. Contando 483 días (o 69 semanas) como tantos años, esta profecía señala el año 27 de nuestra era como el tiempo de la venida del Mesías, y en aquel año fué bautizado Cristo. La misma profecía declara que en la mitad de la semana siguiente (tres años y medio después del bautismo) moriría Cristo, y así fué.

Cuando llegó el tiempo del cumplimiento de todas estas profecías, se presentó de repente Juan Bautista como precursor de Cristo, y él anunció el siguiente mensaje: "El reino de los cielos se ha acercado." El y su mensaje habían sido predichos en Malaquías 3:1: "He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí." (Véase Mateo 11:7-11.) Juan predicó para llamar la atención del mundo sobre "el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo".

Estas profecías se escribieron y fueron conocidas centenares de años antes de la primera venida de Cristo. Unos doscientos años antes de la era cristia-

na, habían sido traducidas en el idioma griego. Los libros de Moisés y de Job se conocían y se empleaban desde muchos siglos.

Tratamos de hechos irrefutables, que nos llevan a aquel punto que divide la historia de este mundo en dos eras: antes de Cristo y después de Cristo. Las profecías del antiguo Testamento constituyen el fondo y el dibujo del cuadro. Nos conducen seguramente a la realización del plan y designio. El Nuevo Testamento proporciona fielmente todos los detalles previstos por el bosquejo. Presenta el cuadro completo, con todos los diferentes colores. Lo que se veía poco claro en muchas partes del Antiguo Testamento aparece con mucho relieve en la obra y misión de Cristo, de los apóstoles y de la Iglesia cristiana. Todo lo que se dijo de Cristo se realizó. Hizo lo que la profecía dijo que haría. Vino, y su venida estuvo en armonía con el plan, la predicción y la expectación de las generaciones que le precedían. Constituyó la cumbre de la historia humana.

Los hechos que hemos señalado brevemente en este corto artículo resistirán a la prueba más profunda de una investigación sincera. No pueden ser puestos en tela de juicio. Cuanto más se estudia la personalidad de Cristo, su misión y su influencia sobre las cosas de este mundo, tanto más claramente se verá la luz en el laberinto de la historia humana. Los últimos diecinueve siglos añaden el peso de su testimonio, confirmando y dando más importancia y significado a la primera venida de Cristo a este mundo.

El programa de Cristo.

El vino y dejó su huella en el mundo. El bosquejó la conducta del mundo desde entonces hasta el fin del tiempo. Para su iglesia, preparó un programa de alcance universal. (Mateo 28:18-20.) La iglesia, después de aparente fracaso, y en presencia de barreras al parecer invencibles, adquirió gran vida y actividad para realizar el programa con fuerza irresistible.

Cristo vino a establecer un reino en este mundo, aunque no de este mundo (Juan 18:36), pero terminó su carrera siendo condenado, crucificado y sepultado en una tumba sellada y guardada. Sus seguidores quedaron dispersados, desanimados. Su misión parecía haber fracasado completamente, y él iba a quedar delante del mundo como un impostor.

Pero empezaron a suceder cosas extrañas e inexplicables. El salió de la tumba en donde había sido sepultado, y se dice que fué visto en numerosas ocasiones por sus discípulos, durante cuarenta días. Luego desaparece de la tierra, ascendiendo de entre sus discípulos en medio de ángeles.

Algunos días después, suceden cosas aún más extrañas. La ciudad entera está conmovida por la predicación de estos hombres poco conocidos, los discípulos de Jesús de Nazareth. Tres mil abrazan la nueva doctrina y aceptan como su Señor y Salvador a Aquel a quien un poco más de un mes antes habían crucificado. El movimiento se extiende. Millares se añaden a la iglesia, y la religión de Jesús

se extiende en toda Judea. Penetra luego en Samaria. Adelanta como una poderosa ola. Las autoridades eclesiásticas procuraron detenerla, pero son impotentes. Se apela al poderoso brazo del Gobierno romano, pero éste es incapaz de detener el éxito del cristianismo. El paganismo moviliza todas sus fuerzas y declara una guerra de exterminio contra esta nueva fuerza que obra en todo el imperio. Se matan a millares, pero el Cristianismo sigue adelante. La lucha dura tres siglos, y entonces Roma sucumbe bajo su influencia.

El Cristianismo salió vencedor del bautismo de fuego y de espada. Pero, entró en su carrera triunfal para luego ser derrotado por una inundación de paganos no convertidos, quienes trajeron a la iglesia la gran apostasía predicha por Cristo y sus apóstoles. Pero Cristo y el verdadero Cristianismo permanecían. Aunque durante más de mil años, los testigos de Dios profetizaron vestidos de sacos y cubiertos de ceniza, sin embargo perseveraron hasta el fin. La iglesia de Cristo salió del desierto de la Edad Media consciente todavía de su misión espiritual para el mundo entero.

Todavía acepta el mandato del Maestro: "Id por todo el mundo; predicad el evangelio a toda criatura." (Marcos 16:15.) No se espanta en presencia de lo que parece ser una tarea imposible. Hoy, la iglesia de Cristo está predicando el evangelio eterno a toda nación, tribu, lengua y pueblo.

Todas las cosas antes de su primera venida anunciaron que él vendría, y él vino. Todo lo sucedido desde entonces confirma el hecho de su venida. Todo confirma el hecho de que él vino, no sólo como hombre, sino como el Hijo del hombre y el Hijo de Dios, para vivir en el mundo, y morir por el mundo para salvarle.



Una pérdida irreparable

por Lora E. Clement

¡Pérdida! Una hora de oro compuesta de sesenta minutos diamantinos. No se ofrece ninguna remuneración, pues se ha ido para siempre. Y no obstante eso, cuán a menudo, y cuántos entre nosotros perdemos descuidadamente no sólo nuestro tiempo, sino también el tiempo de otros.

Un joven llegó a una cita con cinco minutos de atraso. "Usted nos ha hecho perder una hora", le dijo el director severamente. Sorprendido, el joven exclamó: "Tardé tan sólo cinco minutos." "Es cierto", fué la contestación, pero somos doce los que estamos esperándole."

El tiempo es la trama y urdimbre de esa preciosa cosa que llamamos vida. Pero, ¿cuidamos realmente

de cada hora como si fuera un tesoro? ¿Guardamos cada minuto como si fuera un diamante sin precio? ¿Comprendemos cabalmente que "malgastar" un minuto es destruir una parte de la vida humana y de la nuestra, y de la de otros, de modo que equivale a la destrucción de una vida humana entera? Es un pensamiento algo alarmante, ¿no? Un minuto parece ser un espacio de tiempo muy corto, cuando se considera aisladamente.

Realmente, pensando en eso, no podemos menos que ahorrar nuestro tiempo disponible, ¿no es cierto? "La lucha por la vida—dice Tomás Carlyle—, ha venido a ser intensa; los que corren en ella van pisándose los talones; ¡ay del que se agacha para atar los cordones de sus zapatos!"

¿Qué piensa usted de eso? ¿Está ya agachándose?

—¿Cuánto cuesta este libro?—preguntó un hombre que había estado perdiendo su tiempo durante una hora en la imprenta de Benjamín Franklin.

—Un dólar—dijo el dependiente.

—¿Un dólar!—repitió el holgazán—; ¿no puede darme por menos?

—¿Un dólar es el precio!—fué la respuesta.

El pretendido comprador miró los libros en venta por un momento, y luego preguntó:

—¿Está el Sr. Franklin?

—Sí—dijo el dependiente—; pero está muy ocupado en la prensa.

—Bien, deseo verlo—porfió el hombre.

El dueño fué llamado, y el forastero preguntó:

—¿Cuál es el último precio que usted puede hacerme por este libro?

—Un dólar y cuarto—fué la pronta respuesta.

—¿Un dólar y cuarto! ¿Por qué, si su empleado acaba de pedirme sólo un dólar?

—Es cierto—dijo Franklin—y yo hubiera ganado más recibiendo un dólar que dejando mi trabajo.

El hombre, sorprendido, deseando dar fin a una discusión que él mismo había provocado, preguntó:

—Bueno, dígame ahora su último precio.

—Un dólar y medio—replicó Franklin.

—¿Un dólar y medio! ¿Por qué, si usted mismo me lo ofreció a un dólar y cuarto, hace un rato?

—Es verdad—contestó Benjamín Franklin—, y hubiera preferido darle entonces a ese precio, y no ahora por un dólar y medio. El tiempo es oro.

El hombre puso silenciosamente el dinero sobre el mostrador, tomó su libro, y dejó la librería después de haber recibido una notable lección de uno que fué maestro en el arte de convertir el tiempo así en dinero como en conocimiento.

Una de las expresiones más comunes que oímos hoy, es: "No tengo tiempo." ¿Por qué no? Todos nosotros tenemos todo el tiempo que existe, ¿no es verdad? La verdadera razón es que perdemos o

empleamos mal los preciosos minutos. "Cada ser humano es un manojo de hábitos ligado con el hilo del tiempo." Y cada cual puede formar las costumbres que quiera. ¿Cuáles son las que dominan en su vida? ¿Las de frugalidad o de extrayagancia? Abraham Lincoln estudió a la lumbre de un tizón de pino en la rústica choza de sus padres, y así fué como se preparó para una vida que se destacó como una de las más nobles del mundo.

Elbert Tubbard no tenía preparación. Pero el tren de Pensilvania demoraba cuarenta y cinco minutos para recorrer la distancia entre su ciudad y Búffalo, estado de Nueva York, donde iba a trabajar cada día. Otros jóvenes jugaban a los naipes durante esos cuarenta y cinco minutos. El los pasaba leyendo y estudiando.

La señora Schumann-Heink se formó para su maravillosa carrera musical después que le nacieran sus siete hijos y después de ser abandonada por su esposo. Nunca hubiera podido hacerlo si no hubiese sido antes una maestra en el sistemático y metódico empleo del tiempo. Enriqueta Beecher Stowe escribió "La Cabaña del tío Tom" en medio de apremiantes tareas domésticas. Longfellow tradujo "El Infierno" a ratos de diez minutos cada día, mientras estaba esperando las comidas, perseverando durante un período de varios años hasta terminar su obra. Robert Burns escribió muchos hermosos poemas después de haber trabajado durante todo el día en el campo.

El autor del "Paraíso Perdido" era un hombre atareado y tuvo tiempo para trabajar en su sublime poema, sólo cuando lograba encontrar algunos minutos libres, después de haber cumplido con sus obligaciones comunes. John Stuart Mill hizo una gran parte de su mejor obra mientras estaba empleado de dependiente en una tienda. Galileo era cirujano; no obstante, el mundo le debe algunos de sus más grandes descubrimientos, gracias al buen uso que supo hacer de sus momentos de ocio. Fritz Kreisler, después de dar un concierto en una ciudad de Michigan, estaba recorriendo unos cien kilómetros en tren para ir a otro lugar donde debía cumplir con otro compromiso. El gran violinista y su acompañante ocupaban la parte trasera del coche, con una hoja de música abierta delante de ellos, y la atención concentrada en las notas. Así como iban acercándose a su destino, el Sr. Kreisler dijo a su acompañante: "Creo, Carlos, que ahora podemos tocar la pieza". En dos horas ellos habían aprendido de memoria unas sesenta páginas de música. Y esta lista de hazañas hechas en los minutos sueltos podría prolongarse indefinidamente.

¿Qué está haciendo usted con los minutos, las horas, los días según vienen y van? ¿Está aprovechando de ellos? ¿Está invirtiendo sabiamente su incalculable riqueza?

"Ayer está muerto—dijo el pobre Ricardo—. Mañana no existe. Hoy está aquí. ¡empleadlo!"

¿Por qué no seguimos todos su consejo?

¿Por qué no creo en la evolución?

por Jorge M. Price

(CONCLUSIÓN.)

1. Primero hablemos del origen de la materia. La recién desarrollada ciencia de la radioactividad ha demostrado que los átomos de todos los elementos químicos están compuestos simplemente de un núcleo de una o más unidades de electricidad positiva, rodeado de un número de unidades negativas, cada una de las cuales tiene $1/1760$, más o menos, del tamaño de las primeras, variando el número según la clase peculiar de elemento químico. Algunos de los elementos más pesados, como son el uranio, radio y torio, se desintegran constantemente, por pérdida de electrones, en otros elementos de menor peso; pero la ciencia no conoce todavía ejemplo del proceso inverso. Así que nuestra teoría científica moderna del mundo de la materia lo asemeja a un gran reloj que marchase constantemente por distensión de su resorte, sin método conocido de darle cuerda. No es la evolución de la materia, sino la desintegración de la materia, la clara lección que se desprende de estos descubrimientos hechos en la radioactividad; y es inevitable la conclusión de que la sustancia de la cual está compuesto el universo debió ser llamada a existencia por orden del gran Creador.

2. No vemos cómo pudo originarse la energía, a no ser de la misma manera, es decir, por decreto de Aquel que llamó a la materia a existencia. Pero la energía tiene una existencia real, tan real como las patatas o la melaza; y su origen necesita ser explicado tanto como necesitamos explicar la vida o la materia misma. Toda nuestra energía nos llega del sol, y sus numerosas formas son profusamente transmutadas de mil maneras por nosotros aquí en la tierra, con pérdidas pequeñas constantes, pero absolutamente sin ganar un solo erg o una sola caloría. Y como, según la Biblia, el establecimiento de calefacción central de nuestro sistema solar fué creado al mismo tiempo que nuestro mundo, y creado para servir a nuestro mundo, es fácil comprender que una determinada cantidad de energía solar ha sido fijada por decreto divino, para ser enviada a nuestro mundo segundo tras segundo. Podemos confirmar esta teoría con el hecho astronómico de que la cantidad de energía que recibimos del sol no ha variado de siglo a siglo. En cuanto pueda medirla la ciencia, la energía que se nos da cada hora es una cantidad constante; y cuando la recibimos, no podemos aumentarla en el menor grado ni por toda nuestra mecánica ni por toda nuestra ciencia. Así que también en este sentido se confirma el relato bíblico de que la cantidad de energía disponible para nuestro mundo fué fijada, o acabada, "desde el principio del mundo". (Hebreos 4:3.)

3. Acerca del origen de la vida, ¿quién no sabe que desde los albores de la observación científica no

se ha presenciado ni un solo caso de generación espontánea? Así como con la materia y la energía, se confirma también con la vida el relato de la Biblia; porque la ciencia moderna nos obliga a decir que no sabemos cómo podría haber nacido la vida a no ser por una creación directa verificada por el Dios de la naturaleza. La transformación de lo que no vive en algo vivo no es de ninguna manera un proceso natural, es una verdadera creación.

4. En condiciones favorables, las bacterias y protozoos pueden desarrollarse y reproducir una nueva generación en media hora; y así pueden aparecer innumerables generaciones en un solo año. Sin embargo, tenemos pruebas evidentes de que estos seres diminutos han subsistido sin cambio perceptible durante miles de años, porque los griegos y los egipcios antiguos sufrían de las mismas enfermedades bacterianas que nosotros. Aún más, hemos descubierto numerosos ejemplos de condiciones patológicas entre los fósiles de las rocas antiguas, y estas condiciones patológicas de los huesos testifican que a lo menos algunos de los microbios productores de enfermedades han subsistido sin cambio alguno durante un número literalmente incalculable de generaciones sucesivas. ¿No es esta obstinada persistencia de estas formas inalteradas durante semejantes períodos de tiempo una fuerte prueba de que las formas superiores tampoco habrían de perder su identidad después de transcurrir igual número de generaciones, lo cual, en su caso, significaría muchos millones de años?

5. En los estudios biológicos modernos, ningún principio está mejor confirmado que éste: que los caracteres adquiridos no se heredan. Sin embargo, no debemos aliviar lo que dijo Heriberto Spencer hace muchos años: "O ha habido herencia de caracteres adquiridos, o no hubo evolución". Si viviese hoy, ¿aceptaría la alternativa tan bien establecida ahora? Acerca del principio gemelo de la selección natural, el Sr. Juan Burroughs declaró muy llanamente: "El [Darwin] ha sido ya despojado tan completamente de sus teorías de selección como Sansón fué despojado de sus guedejas". En vista de esta situación, ¿qué queda del darwinismo?

6. El asunto del origen de las especies ha sido complicado grandemente por la voluminosa literatura publicada con referencia a él durante la última mitad de siglo; pero en realidad la cuestión es aún muy sencilla. ¿Se han producido nuevas especies, por métodos artificiales o naturales, en los tiempos modernos? Muchas fases de este asunto quedan aún en la oscuridad; pero dos hechos son muy evidentes: en primer lugar, que las "especies" catalogadas en nuestros libros de texto han sido separadas por líneas excesivamente estrechas—es decir, que se ha exagerado grandemente la "división" de las especies; y en segundo lugar, que estos nuevos descubrimientos nos

ayudan a comprender el origen de gran número de variaciones encontradas en un estado de la naturaleza que evidentemente nació de unos originales comparativamente poco numerosos y que sobrevivieron a aquella gran catástrofe mundial del diluvio.

7. Con aquella palabra "diluvio", hemos entrado en otra fase de nuestro asunto mayor, fase que hasta hace poco se suponía ser una de las mayores evidencias en favor de la teoría de la evolución. Este argumento se fundaba en el supuesto hecho de que la geología puede decirnos exactamente qué clases de vida existieron primero y qué otras nacieron después durante las largas edades de tiempo. Esto es lo que durante largo tiempo se ha llamado la historia geológica de la vida en nuestro globo; y esta supuesta historia ha sido siempre el centro de toda la teoría de la evolución.

Veinte años de estudios me han convencido de que el orden geológico de los fósiles es un arreglo puramente artificial, basado completamente en la teoría evolucionista, y completamente absurdo como verdadera historia de la vida en el globo, y aun más absurdo como prueba en favor de la evolución la cual es aquello mismo para cuya ilustración fué ordenado. La prueba de este aserto es amplia y descansada en descubrimientos recientes que parecerán convincentes a cualquiera que se tome el trabajo de informarse.

La geología ha presentado siempre las dos explicaciones alternativas: la uniformidad (es decir, la explicación de la evolución) y el diluvio. Como su contraparte en biología, la geología de la evolución se funda en la suposición de que los cambios geológicos del pasado se verificaron al mismo paso que los cambios que acontecen ahora en nuestro mundo moderno; mientras que la hipótesis de un diluvio universal dice que en algún momento del remoto pasado, acaeció una catástrofe mundial, la que explica gran número de los cambios registrados en las rocas.

La evidencia de un diluvio universal está diseminada por todo el globo terrestre; pero la geología evolucionista ha tratado durante mucho tiempo de reducir y eliminar con sus explicaciones esta evidencia, aseverando que estos grandes cambios se verifican por series y nos ha enseñado un hermoso cuento de la historia "exacta" de este plan por series. Pero el hallazgo, en diversas partes del mundo, de inmensas áreas donde los fósiles se presentan en posiciones relativas directamente contrarias a este plan por series, ha contribuido a abrirnos los ojos ante el hecho de que esta supuesta "historia" de los sucesivos tipos de vida es tan sólo un gigantesco error, fundado en una larga serie de otros errores, y totalmente indigno de ser tenido en cuenta como hecho científico.

Las que anteceden son algunas de las razones por las cuales no puedo aceptar la teoría de la evolución, y porque creo en la hipótesis de una creación directa del hombre y de todos los principales tipos

de vida aproximadamente al mismo tiempo. Pero tengo que hacer también, en el orden moral y social, algunas objeciones muy graves contra la doctrina de la evolución, y voy a considerar brevemente dos de ellas antes de terminar.

1. Un horrible resultado de la lógica del darwinismo es que reduce la importancia del pecado; porque según esa teoría, el pecado es únicamente el animalismo heredado. De acuerdo con esto, no es culpa del hombre sino desgracia suya, que sea pecador. De ello se desprende que si hay en el universo algún ser responsable del pecado y sufrimiento que hay en nuestro mundo, debe ser Dios mismo. Nadie que acepte la teoría evolucionista en cuanto al origen del hombre puede seguir creyendo en la doctrina bíblica de la caída del hombre como explicación del origen del pecado; ni puede ya creer en la doctrina de la expiación, que es el remedio bíblico para esa caída.

2. Además, el darwinismo enseña que el hombre ha progresado mayormente gracias a esos instintos crueles que comparte con el tigre y el lobo. Y si hay alguna verdad en la lógica, debemos estar minando todo lo que la especie ganó en la medida en que eliminemos esta ley de la lucha egoísta por la sobrevivencia, y substituyamos a su ley de odio la del amor. Darwin mismo se quejaba de que mediante nuestros asilos, nuestras leyes de protección a los pobres, la vacuna y otros métodos de la medicina moderna, conservamos la vida a los ineptos, y así adoptamos medidas que él dijo "deben ser altamente perjudiciales para la especie humana". Porque con ellas trastornamos la escalera natural, la "sobrevivencia de los más aptos", por la que la especie ascendió hasta su estado actual. Pero, como ha señalado Guillermo J. Bryan, ¿puede ser sana una doctrina que nos prohibiría salvar a los niños débiles pasteurizando la leche que han de consumir, o que nos impediría buscar remedios médicos para esas enfermedades que matan a millones que no tienen inmunidad natural contra ellas? Es cierto que Darwin admitió que debíamos continuar nuestra obra humanitaria; puesto que de lo contrario produciríamos "deterioración de la parte más noble de nuestra naturaleza". Pero, ¿cómo podemos confiar en una doctrina que está en guerra abierta con esa "parte más noble de nuestra naturaleza"?

En adición, me opongo a la doctrina de la evolución porque soy cristiano, y la evolución contradice lo que la Biblia me dice acerca de la causa del pecado y su remedio. Y finalmente, como hombre de ciencia no creo en la teoría de la evolución porque la alternativa de una creación directa ofrece una explicación más plausible del origen de todo, de la materia, de la energía, de la vida, de las diversas especies, y del hombre mismo. Y al negar la evolución y aceptar la creación, creo que estoy siguiendo el único método científico de razonar, y el único método bastante seguro para seguirlo en todos los problemas importantes de la vida.



AIRE LIBRE

La Prevención de las Enfermedades



BUENOS ALIMENTOS

Cuesta más estar enfermo que conservarse en buena salud. Es más fácil conservarse sano que restablecerse una vez enfermo. Muchas enfermedades jamás se curan del todo, y sus efectos ulteriores se manifiestan en la disminución de la resistencia y en mayor o menor debilidad. La manera más segura de hacer frente a las enfermedades es evitándolas, cosa posible en la mayoría de los casos.

El restablecimiento de cualquier enfermedad exige ante todo la supresión de su causa. Ello significa que para estar sano es necesario cesar de violar las leyes de la salud. En otras palabras, la obediencia a las leyes de la salud es el secreto de la buena salud. Aunque hay dos mil maneras de estar enfermo, o muchas enfermedades diversas, los requisitos esenciales para mantenerse sano son comparativamente pocos.

Aire.—El primer requisito de la vida es el aire. Uno puede vivir semanas sin alimento, días sin agua, pero sólo pocos minutos sin aire. Se necesitan unas veinte respiraciones por minuto. Afuera hay abundancia de aire, y los pulmones han sido hechos para respirarlo.

El oxígeno del aire es lo único que puede purificar la sangre mientras ésta pasa por los pulmones, donde absorbe oxígeno y se descarga del bióxido de carbono. Si no se proporciona a los pulmones el oxígeno necesario, la sangre tiene que conservar sus impurezas, y mientras circula por todas partes del cuerpo, todo el organismo sufre.

Muchas enfermedades se deben a respirar aire impuro. Entre las cosas que nos privan de los beneficios del aire puro se cuentan las ventanas cerradas, las ropas ajustadas que comprimen los pulmones, la respiración poco profunda, los gases venenosos, el humo, las piezas calentadas en exceso y el aire viciado o infectado con gérmenes de enfermedad. El respirar aire impuro debilita de tal manera el cuerpo, que éste llega pronto a ser susceptible a la enfermedad.

La pulmonía es una enfermedad causada por aire impuro. Otras enfermedades comunes causadas por aire viciado son la bronquitis, influenza, tuberculosis, resfríos, tos, dolor de garganta, etc. El *living-room*, dormitorio, taller y las aulas de clases deben estar dotados de medios tales de ventilación que permitan la salida del aire viciado y la entrada del aire puro.

Procúrese que el aire se renueve constantemente por las ventanas. Puede colocarse ante ellas un biombo de muselina, el cual permitirá la entrada del aire fresco aunque evitando las corrientes. En contradicción a la antigua idea popular, el aire de la noche no es malsano, a menos que sea el de la noche

anterior. El aire de la noche es generalmente mejor que el del día, por hallarse libre de polvo.

Uno de los principales agentes curativos usados en el tratamiento de la tuberculosis es abundancia de aire fresco; así que vemos que el aire fresco es una de las mejores medicinas de la naturaleza. El aire fresco que ayuda a curar una enfermedad, ayudará también a evitarla.

Agua.—El agua pura es otra de las cosas sencillas necesarias para la salud. Ella es el gran vehículo del organismo que lleva alimento disuelto hasta los tejidos más remotos y remueve los venenos también disueltos. Cuanto más pura sea el agua, más venenos se llevará. No hay bebida más útil que el agua. En realidad es el agua contenida en cualquier bebida lo que apaga la sed. La adición de té, café, soda, esencia o alcohol no aumenta la propiedad de apagar la sed del agua pura.

Se requiere mucho más líquido en tiempo caluroso, cuando hay copiosa transpiración, que en tiempo frío. Han de tomarse seis a ocho vasos de agua diariamente. El agua contenida en los diversos alimentos ayuda a suplir la cantidad necesaria de líquido. El no beber suficiente agua para suplir los flúidos del cuerpo y ayudar a eliminar los desechos venenosos, conduce a la enfermedad.

El agua impura es la causa principal de la fiebre tifoidea. No debe permitirse que ningún sumidero, establo, caballeriza o retrete esté cerca del pozo que nos suministra agua. En caso de pozos de poca profundidad, el agua se escurre hacia ellos de todas direcciones desde un radio de varias veces su profundidad. El agua de cuya pureza se tengan dudas debe hervirse. El agua pura no tiene color, olor ni sabor.

Alimento.—Una cantidad suficiente de buenos alimentos, bien preparados e ingeridos debidamente, es esencial para el crecimiento y reparación del cuerpo y para proporcionarle calor y fuerza. Los diversos elementos de los cuales está compuesto el cuerpo están contenidos en los alimentos. Todos estos elementos han de serle suministrados al cuerpo para que adquiera su completo desarrollo y para conservarlo sano.

Ejercicio.—Todas las funciones del cuerpo son beneficiadas por el ejercicio, y todas ellas sufren si se le descuida. La transpiración provocada por el ejercicio abre los poros de la piel, y contribuye así a la expulsión de las impurezas. Cuando los pequeños capilares de la piel están llenos de sangre pura, ello proporciona a la tez una condición sana. La circulación de la sangre por los músculos los desarrolla y tonifica; los músculos que no se usan se vuelven flojos y casi sin vida. Cuando los músculos

están mejor desarrollados, los huesos son también fortalecidos por el aumento de nutrición y por mantenerse en posición normal. De este modo la forma y el porte del cuerpo son mejorados, y se corrigen o evitan las curvaturas, el andar agobiado, los hombros encorvados y el pecho hundido.

El ejercicio vigoroso exige una respiración vigorosa, pone a contribución toda la capacidad de los pulmones y da expansión al pecho. El aumento de circulación exige mayor actividad del corazón, por medio de la cual éste es también fortalecido. La contracción de los músculos en el ejercicio ayuda al corazón a enviar sangre fresca y vigorosa por cada vaso sanguíneo. Con la gran provisión de oxígeno existente en los pulmones, la sangre se purifica enteramente. El cerebro obtiene una provisión liberal de sangre pura y fresca; y ello apresura su acción y le pone en mejor condición para el trabajo mental.

El ejercicio consume energía y crea una demanda natural por más alimento. El apetito se aguza y la digestión mejora. El que haga ejercicios vigorosos y juiciosos cada día puede, con comparativa inmunidad, participar de una alimentación que haría caer en cama a una persona de hábitos sedentarios. La acción muscular expulsa de los intersticios de los tejidos la linfa que arrastra consigo los desechos y permite la llegada de una provisión adicional de nutrición. La asimilación aumenta a medida que se intensifica el ejercicio muscular. Muchas personas que ejercen cuidado en su alimentación tienen poca salud debido a que no hacen suficiente ejercicio.

Descanso.—De no menor importancia que el ejercicio es el descanso. El sentimiento de cansancio es un pedido de descanso. Las células del cuerpo no pueden continuar sus actividades por tiempo indefinido. En el ejercicio muscular la energía se emplea más rápidamente de lo que es restaurada; los tejidos se destruyen más pronto de lo que se reconstruyen; los venenos se forman más pronto de lo que se los elimina. El dolor que se siente después de un día de trabajo o de una larga caminata es causado por la destrucción producida en el organismo por los productos venenosos de desgaste de los tejidos. Una noche de descanso proporciona la oportunidad de eliminarlos por la acción normal de los órganos excretorios, y el dolor desaparece. Si uno se siente dolorido después de una noche de descanso, es indicio de que el día anterior fué demasiado duro y largo o que el descanso fué demasiado corto.

La mayoría de los adultos necesita un promedio de ocho horas de sueño por día. Los niños necesitan más de esto, y los niños de pecho deben dormir la mayor parte del tiempo. Las personas que pierden mucho sueño se vuelven pálidas por el hecho de que los corpúsculos rojos no tienen tiempo para renovarse. La pérdida de sueño aumenta el proceso de desgaste del día demasiado largo. Una conducta tal acarrea grave daño a la salud.

La idea de que "un cambio de ocupación es descanso" puede incitar a trabajar con exceso. Si una persona está fatigada, no debe forzar sus energías a tal punto que se le produzca mayor agotamiento; lo que necesita es un descanso completo. El cansancio muscular es más que un agotamiento de los múscu-

los; es también un agotamiento del sistema nervioso. Y la manera más rápida de recuperarse consiste en dar descanso tanto a los nervios como a los músculos. El verdadero descanso requiere relajamiento de los músculos, de los nervios y también de la mente.

Indumentaria.—El propósito de la ropa no es meramente el de cubrir el cuerpo o de satisfacer las exigencias de la modestia. El vestirse es algo esencial para la salud, por lo menos en países donde las condiciones climáticas lo exigen. El vestirse de un modo imprudente es un factor mucho mayor en acarrear enfermedades de lo que muchas personas suponen.

La ropa no imparte calor al cuerpo; sólo ayuda a conservar el calor desarrollado por el cuerpo. Los vestidos livianos son mejores que los pesados, si protegen contra el frío. Las ropas demasiado calientes son enervantes. Deben ser porosas para permitir la ventilación. Si la eliminación de los venenos por la piel no se efectúa libremente, se añade trabajo adicional a la piel interior, o membrana mucosa, y de ello pueden resultar condiciones catarrales.

El aire seco es mal conductor del calor, y las ropas porosas o de lana floja que puedan retener bastante aire en sus mallas, retendrán también el calor. La lana es porosa y cuando está seca constituye una de las telas de más abrigo. No absorbe fácilmente la humedad, pero puede contener gran cantidad de ella sin parecer mojada. En tiempo frío es mejor usar ropas exteriores que puedan quitarse fácilmente. El guiarse por el calendario para cambiarse de ropa interior es una insensatez; eso debe ser determinado por el tiempo, no por un día o mes particular.

Las ropas de colores claros reflejan o desvían los cálidos rayos del sol, mientras que las ropas oscuras los absorben, y por esta razón las primeras son más convenientes en el verano. Las telas de goma impiden que la humedad penetre hasta el cuerpo, pero también impiden su salida; no deben por lo tanto usarse dentro de la casa. Esto se aplica también a los zapatos de goma.

Las ropas deben llevarse suspendidas desde los hombros, y permitir plena libertad de movimiento para todo el cuerpo. Las modas femeninas de hoy en día son, a este respecto, mucho más convenientes que las de años pasados, que ordenaban la suspensión de las faldas de las caderas, causaban la constricción de la cintura y arrojaban un peso indebido sobre los órganos abdominales, provocando su prolapso, lo cual ha sido causa de muchos sufrimientos entre las mujeres.

El calzado debiera tener tacón ancho y bajo, un enfranque flexible y debiera ser perfectamente cómodo. Los pies necesitan una circulación libre; se hallan más lejos del corazón que cualquier otra parte del cuerpo, y por lo tanto son más propensos a enfriarse por el contacto con el suelo frío. Las extremidades deben abrigarse. El calzado de tacones altos es muy poco favorable para caminar—ejercicio inmejorable para la salud—, y causa desplazamiento de los órganos internos por la postura forzada y contraria a la naturaleza.



Señales de nuestro siglo

por *F. D. Michol*

¿Cuál es la causa de la constante amenaza de guerra entre las naciones?

¿Por qué a una revolución sucede otra?

¿Hay un lugar en el mundo libre de ciclones, huracanes y terremotos?

¿Qué significa todo esto?

Si leéis esta obrita, encontraréis correcta y plenamente demostrada la respuesta, tanto de ésta como de muchas otras preguntas de naturaleza parecida. 96 páginas. Portada tricolor.

Encuadrada en rústica. 3 pesetas.



Las grandes lecciones de la crisis

por *Marcelo I. Fayard*

Es una obrita de palpitante actualidad. En ella se estudia la revolución industrial y sus efectos, los males de la superproducción y desocupación. Pero, sobre todo, se presenta con abundantes pruebas el único remedio que se podría aplicar a estos males y el desenlace a que se verá reducida la humanidad si no lo acepta. Trae, en estos tiempos de grandes dificultades, un mensaje de magnífica esperanza. 128 páginas. Muchos grabados. Portada bicolor.

Encuadrada en rústica, 3 pesetas.

Editorial "Señales de los Tiempos"

Apartado 4.078. - MADRID